

Susanna Isern

**EL GRAN VIAJE DE LAS
FAMILIAS
EXTRAORDINARIAS**

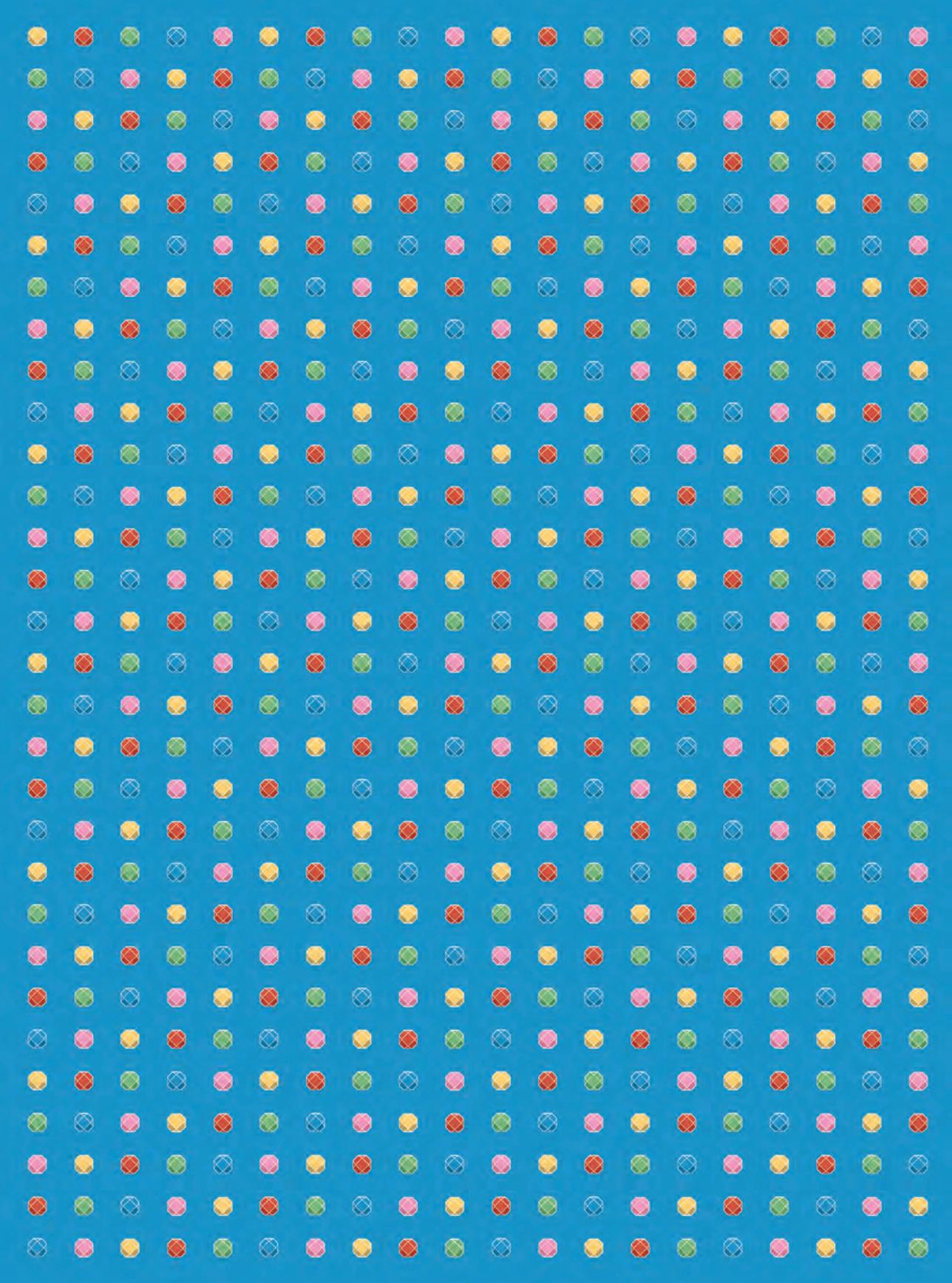
Ilustraciones de César Barceló



Índice

Introducción	5	XI. Un regalo especial.....	78
I. El <i>Goelán</i> se mueve.....	6	Pareja sin hijos	83
Familia monoparental	11	XII. El señor de la gabardina	84
II. El apagón.....	12	Familia con abuelos	90
Familia adoptiva	18	XIII. Un chico con mochila.....	92
II. Un elefante en el barco	20	Familia de acogida	98
Familia extensa	26	XIV. El polizón.....	100
IV. A veces, las cosas no son lo que parecen.....	28	Familia de padres mayores	106
Familia con dos madres	33	XV. ¡Abracadabra!	108
V. El loro indiscreto	34	Familia con dos padres	115
Familia con mascotas	40	XVI. Una familia de ladronzuelos	116
VI. Los disturbios.....	42	Familia nuclear	121
Familia con padres separados	46	XVII. El misterio se resuelve.....	122
VII. El bebé sirena.....	48	Familia unipersonal	129
Madre soltera adolescente	53	XVIII. Un final, o quién sabe si un principio	130
VIII. Cinco razones para sospechar.....	54	Conviértete en escritor de este libro	136
Familia numerosa	60	¡Hablemos del libro!	137
IX. La madrastra de Julieta.....	62	¿Qué es una familia?	138
Familia compuesta	68		
X. Un tesoro en el fondo de... ¡la piscina!	70		
Familia reconstituida	76		





Introducción

Este es el *Goelán*, un crucero transatlántico que surca el océano. Se trata de un barco de dimensiones extraordinarias y es una auténtica ciudad flotante. Alberga decenas de camarotes donde se hospedan los pasajeros, tiene una gran plaza y calles con restaurantes, tiendas, atracciones, cines, teatros... incluso una enfermería. En la parte más alta, tocando el cielo, hay una zona de tumbonas, palmeras y piscinas con toboganes increíbles.

Cuando llega el periodo vacacional, el capitán Kraus y su tripulación lo disponen todo hasta el más mínimo detalle y el *Goelán* se llena nuevamente de familias de lo más variopintas dispuestas a disfrutar de un gran viaje. Pero en ocasiones ocurren hechos insólitos e impredecibles, como aquel verano en el que la famosa detective Yedra Cruz embarcó junto a su hija Alba.



I. El *Goelán* se mueve

iMamá, acabamos de zarpar! —exclamó la joven Alba.
La brisa salada acariciaba su rostro pequeño y pecososo mientras que sus ojos chispeaban de emoción al ver cómo la tierra se alejaba poco a poco. La inspectora Cruz rodeó a su hija con un brazo y le dio un beso. Respiró profundamente y sonrió. Por fin había llegado el verano y, con él, unos días de desconexión y descanso.

Los últimos meses en la ciudad habían sido muy complicados para la inspectora: el robo de un bogavante en un concurrido restaurante a plena luz del día, la desaparición de un fiero león del zoo, las sospechosas huellas de barro en un colegio o el mutismo repentino del loro más parlanchín del barrio. Aunque el caso más divertido de todos fue el de las tartas saladas. O por lo menos es el que más le gustó a Alba, seguramente porque aquel misterio se resolvió gracias a ella. Ocurrió en una popular pastelería del barrio. Todo empezó una mañana de un domingo cualquiera en la que varios clientes fueron a devolver la tarta que habían comprado el día anterior alegando el mismo motivo:

«¡Absolutamente incomedible por un exceso de sal!».

Ante aquella extraña queja, la encargada, incrédula, probó un pedazo del bizcocho supuestamente salado (que por cierto tuvo que correr para escupirlo en el váter), pidió mil disculpas a los clientes,



les devolvió el dinero y habló con Juana, la pastelera que los había elaborado. Casualmente la inspectora Yedra y su hija Alba acababan de entrar en el establecimiento cuando se produjo la siguiente conversación:

—Juana, muchos clientes se están quejando. ¿Cómo es posible que las tartas estén saladas?

—No sé cómo ha podido ocurrir. He utilizado los ingredientes y las medidas de siempre —se defendió la pastelera sin entender lo que estaba sucediendo.

Y justo en ese momento, Alba, que había escuchado con mucha atención aquel diálogo, se dio cuenta de un curioso detalle. Una clienta que estaba desayunando tranquilamente en una mesa le dio un sorbo a su café con leche, hizo una mueca y apartó la taza.

—¿Qué ocurre? —le preguntó Alba con curiosidad.

—Este café está más salado que la mojama —contestó con la boca aún torcida.

Alba se acercó al azucarero e introdujo el dedo meñique. Después, se lo llevó a los labios.

—¡Lo sabía! ¡Esto no es azúcar! ¡Es sal!

Tras comprobar que los azucareros de las otras mesas también contenían sal, Alba se dirigió a la encargada:

—Quizás pueda ayudaros a descubrir lo que ha pasado. ¿Dónde guardáis el azúcar y la sal?

—Abajo, en el almacén —contestó la encargada—. El azúcar nos llega en sacos de veinticinco kilos; en cambio, la sal viene en bolsas de dos. Precisamente hace unos días rellenamos todos los azucareros.

—Y, ¿quién se encarga de ello? Imagino que manipular un saco de veinticinco kilos no es algo que pueda hacer cualquiera —dedujo Alba—. Yo por lo menos no podría desplazarlo ni medio milímetro.

—Juana es quien repone el azúcar cuando hace falta —respondió la encargada sin acabar de entender adónde quería ir a parar la niña detective con sus preguntas.

Pero, en ese momento, el rostro de Juana palideció.

—¡Dios mío! Ahora lo entiendo todo —dijo Juana—. La otra tarde, mientras montaba la nata, mi hijo Pablo llegó del colegio. Se me acabó el azúcar y le pedí que fuera abajo a buscar un poco. Además, se ofreció a llenar todos los azucareros para ayudarme. Ahora me doy cuenta de que él solo no pudo mover los pesados sacos de veinticinco kilos de azúcar, debió confundirse con la sal.



De este modo, Alba resolvió el misterio de las tartas saladas, antes de que su madre, la inspectora Cruz, pudiera siquiera abrir la boca. Y es que Alba era una niña muy despierta y, sin ninguna duda, tenía madera de investigadora. Su sueño era convertirse en una gran detective como su madre. Por eso, siempre que podía la ayudaba con sus casos.

Aquellos habían sido unos meses intensos y largos tanto para la inspectora Cruz como para su hija. Yedra llevaba varios años ahorrando para cumplir uno de sus sueños: viajar en un crucero con Alba. Y parecía que por fin había llegado el momento de descansar y disfrutar. El *Goelán* ya había partido y navegaba mar adentro cargado de ilusión.



La Familia Cruz

La inspectora Yedra Cruz

Famosa detective capaz de resolver los casos más complicados de la ciudad. Es madre soltera y vive con su hija Alba en un ático desde donde se ve cómo el cielo cambia de color. Lo que más le gusta es pasar el mayor tiempo posible con Alba: ver películas de misterio bajo una manta, leer libros en voz alta antes de apagar la luz para irse a dormir y pasear por la orilla del río mientras se toman un cucurucho con tres bolas de helado.

Alba Cruz

Tiene nueve años y lo que más le fascina en el mundo es el trabajo de su madre. De mayor quiere convertirse en una gran investigadora, por eso tiene un maletín con su propio kit de detective. Está formado por una lupa, unas gafas de sol, un par de bigotes de camuflaje, un botecito con una mosca de imitación, un bolígrafo de tinta invisible, un cuaderno para las investigaciones y unos *walkies-talkies*.



Familia monoparental es la que está compuesta por un solo progenitor (madre o padre) y uno o varios hijos.

II. El apagón

Todas las familias ocuparon sus respectivos camarotes, deshicieron sus equipajes y se vistieron de gala para el baile de bienvenida. En el Gran Salón del *Goelán* se encendieron las luces. Poco a poco, se fue llenando de voces y risas.

Yedra y Alba lucían sus ropas muy elegantes. Yedra eligió un vestido largo de noche con la espalda descubierta mientras que Alba prefirió ponerse un esmoquin con pajarita. Madre e hija fueron de las primeras en llegar a la fiesta. Alba tenía los ojos abiertos como platos, estaba fascinada. No podía dejar de mirar a todos los pasajeros del barco. Había familias de todo el mundo, le encantaba esa mezcla de culturas y de color. Las bandejas con succulentos canapés comenzaron a revolotear por la sala. Los miembros de la orquesta se instalaron sobre el escenario con sus instrumentos y empezó a sonar la música.

La pista de baile estaba a rebosar. Alba sacó a bailar a su madre y, aunque se le escapó algún que otro pisotón, las dos estaban pletóricas por haber comenzado, por fin, las vacaciones. A su alrededor, muchas otras parejas hacían lo mismo. Alba se fijó especialmente en una familia que destilaba elegancia. A juzgar por su aspecto, no había duda de que eran de alta alcurnia. Una señora con un vestido de pedrería bailaba con un simpático niño con una corbata roja. A su lado, un señor ataviado con chaqué lo hacía con una niña que lucía un vestido idéntico al de su madre, aunque varias tallas más pequeño.

De pronto, sin previo aviso, se hizo la oscuridad.



¡Un apagón! Algunos gritaron confundidos.

—Alba, ¿dónde estás? —preguntó Yedra, pues con el susto había soltado a su hija.

Mientras tanto, el personal del barco intentaba tranquilizar a los pasajeros, que, a oscuras, cada vez estaban más nerviosos.

—Mantengan la calma. Se ha producido una subida de tensión. En seguida volverá la luz —aseguraban los camareros.

Y así fue. Poco después, se iluminaron las majestuosas lámparas de araña y todos suspiraron aliviados. Yedra localizó a su hija a unos metros y corrió a abrazarla. Y entonces se oyó un chillido desgarrador:

—¡Aaahhhhhhhh!

